los mismos instintos, ya se trate del Parthenón, de San Pedro de Roma ó de una pobre barca de pescador en un escollo de Prócida.

XXIII

Aquella noche fué tal vez la más feliz de todas las que la Providencia concedió á aquella casa desde que salió de la roca hasta que vuelva al polvo. Nos dormimos al ruido que formaban el viento en los olivos y las olas al estrellarse en la costa á la pálida luz de la luna que bañaba nuestro terrado. Al despertarnos, el cielo estaba limpio y terso como un cristal, y el mar atigrado de espuma como si el agua hubiera sudado á causa de la viveza y cansancio; pero el viento seguía mugiendo más furioso, y el blanco rocío que las olas acumulaban sobre la punta del cabo Miseno se levantaba á mayor altura que la víspera, anegando toda la costa de Cumas en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de subir. No se percibia vela alguna en el golfo de

Gaeta, ni en el de Bayas. Las gaviotas azotaban la espuma con sus alas blancas, pues este pájaro es el único que está en su elemento en la tempestad, y grita de alegría durante los naufragios, como aquellos habitantes malditos de la bahía de los Muertos, que esperan su presa de los buques que naufragan.

Nosotros experimentábamos, sin decírnoslo, una alegría secreta porque el temporal nos tuviera aprisionados en la casa y en la viña del pescador, pues de este modo teníamos tiempo saborear nuestra situación y gozar de la felicidad de aquella pobre familia, á la cual estábamos unidos como si fuéramos hijos ó miembros de ella.

El viento y el mar picado nos retuvieron allí nueve días enteros, y hubiéramos deseado, yo sobre todo, que la tempestad no acabara nunca, y que una necesidad involuntaria y fatal nos hiciera pasar años donde nos encontrábamos tan cautivos y tan felices. Nuestros días, sin embargo, se deslizaban insensibles y uniformes. Nada prueba mejor lo poco que basta á la felicidad cuando el corazón es joven y goza de todo. Así es como los

alimentos más sencillos sostienen y renuevan la vida del cuerpo cuando el apetito los sazona y cuando los órganos son nuevos y están sanos.

XXIV

Despertarnos al canto de las golondrinas que rozaban nuestro techo de hojas en el terrado donde nos habíamos dormido; escuchar la voz infantil de Graciela que cantaba muy quedo en la viña por no turbar el sueño de los extranjeros; bajar rápidamente á la playa para sumergirnos en el mar y nadar algunos minutos en una pequeña caleta, cuya arena fina brillaba al través de la trasparencia de un agua profunda, y donde no penetraban el movimiento y la espuma de alta mar; volver á subir lentamente á la casa, secando y calentando al sol nuestros cabellos y nuestros hombros mojados por el baño; almorzar en la viña un pedazo de pan y de queso de búfalo, que la joven nos traía y compartía con nosotros; beber agua clara y fresca de la fuente, sacada

por ella en un cantarito de barro de forma prolongada que inclinaba ruborizada sobre su brazo, mientras nuestros labios se pegaban á la boca del mismo; ayudar en seguida á la familia en las mil faenas rústicas de la casa y del jardín; reparar las tapias que acotaban y cerraban la viña; arrancar las piedras que durante el invierno habían caido desde lo alto de estas tapias sobre los tiernos vástagos de la vid, y que impedían el poco cultivo que se practica entre las cepas; llevar á la despensa las enormes calabazas amarillas, de las que una sola constituía la carga de un hombre; cortar después sus filamentos que cubrían la tierra con sus anchas hojas y obstruían el paso con sus redes; trazar entre cada hilera de cepas bajo los altos pámpanos una pequeña reguera ó surco en la tierra seca para que el agua pluvial se reuniese allí por sí misma y las regase más largo tiempo; abrir para el mismo uso especies de pozos en forma de embudo, al pié de las higueras y de los limoneros; tales eran nuestras ocupaciones matinales, hasta que el sol, cayendo á plomo sobre el techo y sobre el jardín, nos obligaba á

buscar el abrigo de los emparrados. La transparencia y reflejo de las hojas de la vid teñian las sombras flotantes de un color vivo y algo dorado.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

Entonces Graciela se metía en casa para hilar al lado de su abuela, ó preparar la comida del medio día. En cuanto al viejo pescador y Beppo, pasaban días enteros á orillas del mar estivando la barca nueva, haciendo en ella los perfeccionamientos que su pasión ó su nueva propiedad les inspiraba, y en probar las redes al abrigo de los escollos. Para la comida del mediodía nos traían siempre algunas langostas ó anguilas de escamas más relucientes que el plomo recién fundido. La vieja las hacia freir en aceite de olivas, aceite que, según el uso del pais, conservaba la familia en el fondo de un pozo abierto en la roca, muy cerca de la casa, y cerrado con una gran piedra